

que el dinero proporciona, sufría física y moralmente. La salud de su cuerpo y la salud de su conciencia estaban quebrantadas; aquel sér enfermo por completo era desgraciado por que tenía el recuerdo de numerosas víctimas que había hecho su lascivia, entre todas, la de humilde jóven tan bella como pobre quien seducida por su falso amor ó por el esplendor de su fortuna, había abandonado el miserable trabajo de lavandería para entregarse á los impúdicos brazos del crapuloso viejo. El fruto de esos amores atormentaba á éste, separado de la jóven por el profundo abismo que la preocupacion social ha abierto entre los séres de desigual fortuna. Pero ese abismo iba á ser salvado en breve por el impulso de un hombre que semejante al espíritu del mal espiaba atento las afecciones del corrompido anciano. Éste policía del espíritu no procuraba el alivio del enfermo, sino solo explotar los sentimientos de él para provecho suyo aunque mas tarde tuviera que asesinar á su víctima; pero necesitando la impunidad en el crimen tenía que desarrollar algun plan que puesto en práctica diera el resultado que deseaba. El plan estuvo bien trazado pero la fatalidad lo trastornó haciéndolo servir para provecho de otro, como se verá.

El hombre de quien vengo tratando es un juriconsulto si nó famoso por sus conocimientos, sí bien conocido por los servicios que prestó al Imperio y en la época á que me refiero se encontraba perfectamente arruinado, por lo cual no vaciló en seguir la carrera del crimen, cosa que á la verdad no preocupaba mucho á su carácter de por sí malévoló; y este insecto que antes se arrastraba en los salones del palacio imperial á los piés del Archiduque austriaco para recibir la limosna de empleos y condecoraciones, ahora se enroscaba á las plantas del gotoso millonario para fascinarlo con su hipócrita bajeza y apoderarse en su oportunidad del codiciado tesoro; mas siendo necesario á las combinaciones proyectadas por su laborioso cerebro un aliado, un socio, un cómplice, se ocupa desde luego en buscarlo, encontrándolo luego para lo que no necesitó ni de la linterna de Diógenes, ni del trascurso del tiempo, sino solo de una lista de abogados sin negocios. Entresaca de allí al que creyó mas á propósito, enviale invitacion para un banquete que tendría lugar en la hacienda de San Borja y allí en la mesa sobre los manteles y en medio de las libaciones lo declara decidida proteccion á su concoléga, prometiéndole iniciarlo en grandiosa empresa que á no dudarlo debía de mejorar ventajosamente la situacion de ambos. Efectivamente á poco tiempo del misterioso convite, el segundo de estos juriconsultos dejaba su nuevo bufete en esta capital y se trasportaba á Tacubaya con la jóven lavandora de quien he hablado antes á la que, sirviéndole de mentor, aproximaba al viejo magnate á quien el autor de esta trama preparaba el ánimo favorablemente hácia su querida. Poco tiempo despues formaban terrible sociedad los dos juriconsultos y la humilde lavandora, y esta dá la mano de esposa al ya moribundo anciano asesinado vilmente por su abogado el bajo servidor del Imperio. Este hábil envenenador tenía ya preparado otro cómplice sin el cual

nada se hubiera hecho; es un Notario que á pesar de sus canas y famosa honradez estuvo complicado en este crimen atroz. Solo por estos medios puedo esto haberse enriquecido en tan corto tiempo. Pues bien poco despues de celebrarse tan triste matrimonio, moviáse inquieto el pobre anciano sobre aquel lecho de verdadero dolor que poco antes sirviera de altar á los desposados, y dictaba con balbuciente voz sus últimas disposiciones testamentarias que eran habilmente interpretadas por el honrado Notario. Por fin la víctima cayó á la tumba y su vil asesino no había logrado los fines propuestos. La interesante viuda bondadosa hasta el extremo, tan gustosa partía su lecho con el cochero como con el convidado de San Borja quien por sus circunstancias mereció siempre si nó mas cariño, sí mas proteccion y á medida que este enriquecia se alejaba horrorizado del criminal imperialista, quien siendo el principal actor del drama y debiendo sacar el fruto de él, al ver que fracasaba su obra, no vaciló en cometer segundo asesinato y al que poco antes ofrecía en un dia de campo gran proteccion, hoy enviaba aguzado puñal puesto en manos de su rival odioso quien se encargó de arrepatarle la existencia dejando á su familia en la orfandad aunque no en la miseria. En este segundo crimen hubo tambien segundo cómplice: un jóven mazateco, tahúr de profesion, caballero de industria, y aventurero intrépido avistado ya para seguir la empresa.

Este último era el que llenaba por completo las perversas exigencias de la viuda millonaria y por consiguiente fué el que mereció su mano de esposa. He aquí ya á dos dignos consortes uniendo sus ensangrentadas manos para subir al tálamo nupcial lleno de sangre y asqueroso fango. Desde la altura de su criminalidad y su poder, hacen expresiva muoca de alto desprecio al abogado imperialista quien con la rabia de la impotencia se revuelca á la vez en modesta cama de un hotel de New-York, de donde con penas consiguió su pasaje para venir á México.

Sigamos ahora á esa criminal pareja que ostentándose en magnífico carruaje llevando en el rancho traje de sus lacayos la muestra de su esplendor, cruzan con la velocidad que llevan sus fogosos corceles, las calzadas de nuestros paseos. Los esposos estan de viaje, prepáranse á visitar las principales capitales de Europa y grandes preparativos emprenden para su famoso viage de recreo; todo está listo, solo falta un facultativo; por que los ricos son así, les agrada lo superfluo, eso es el lujo; llevan Doctor de cabecera.

Hace poco tiempo se ha sabido en México una triste noticia, el hijo mayor de la hermosa viajera á quien me refiero paseaba en Paris; tenía que recibir al cumplimiento de su mayor edad que estaba próximo una fuerte suma de su bella madre, ésta lo invitó á almorzar con ella y en la mesa le prodiga mil caricias maternales, á los pocos dias muere el jóven, entonces la maldicencia pública acusa á los ricos esposos de haber envenenado al jóven heredero, y á tal grado llega la torpe malicia del vulgo que se afirma que el opulento matrimonio ha sido condenado por